

perflua. Aunque se considere como un proceso idéntico a cualquiera de los que se tramitan ordinariamente en los tribunales, como opinan envidiosos y enemigos de Salcedo, esto, nacido de una realidad directa, vale más que las deshumanizaciones importadas, las imitaciones y todos los lirismos de quinta mano.

Los ensayos del libro mellizo de la novela son demasiado cortos en dimensión para dar campo a una profunda penetración mental. Salcedo trata de dos cuestiones estéticas—«Simetría y belleza» y «El humorismo en los deportes»—y de una cuestión jurídica: «El código civil soviético».

Después de haber planteado en el primer ensayo la simetría como condición de belleza, sugiere en la última línea de su meditación que los artistas modernos tienden a lo asimétrico. Es decir, que el ensayo termina donde debió empezar, porque allí cabía un volcamiento de cosas novísimas y en que se requiere capacidad creadora, iluminadora, no simplemente un caudal de cultura.

Lo valioso y personal de este ensayo es haber llegado a sugerir que la belleza en los seres vivos es atracción sexual.

El ensayo sobre «El código civil soviético» no es propiamente un ensayo, sino apenas una modesta, aunque útil, divulgación del derecho de este régimen con cosas de propiedad común, de propiedad privada—lo que el común de las gentes lo ignora—y de cosas fuera del comercio.—RAFAEL CORONEL.

<https://doi.org/10.29393/At141-59CPOH10059>

OFRENDA AL HIJO SOÑADO, por *Dalia Iñiguez*.

A los prestigios de Dalia Iñiguez como artista del verso—ya dije alguna vez que no era recitadora ni declamadora—hay que añadir, por este bello y emocionado libro que Nascimento acaba de editar, sus indiscutibles condiciones de escritora.

Tema viejo, casi agotado en la literatura femenina, es el

canto al hijo logrado o presentido. La Mistral y la Ibarbourou ya nos dieron poemas definitivos en que el sentimiento de la maternidad alcanza relieves insospechados, y no parecía fácil que una nueva voz de mujer americana añadiese algo de novedosa belleza a ese motivo eterno. Sin embargo, Dalia Iñiguez tiene en sus poemas al hijo, tiernos y finos hallazgos de expresión, que prueban una vez más cómo la originalidad no reside en la primicia del tema sino en la voz que lo canta.

Prueba evidente de lo que digo es el poema «El eco de su voz»: «Siento envidia de todo, Señor. Del rosal retoñado, de las ramas cargadas de frutos, de los nidos con música y de todo ser capaz de crear una vida nueva.

«Siento pena, Señor, de los campos estériles, del árbol marchito, de las piedras, del polvo y de todo lo que no fructifica. Siento pena de mí misma, Señor; de mis pobres ojos desvelados, de mis labios adoloridos por ensayar tanto el más suave de todos los besos; de mis manos cansadas de prodigar caricias imaginarias, y de este pobre cuerpo mío que no ha sentido aún el infinito goce de concebir esa vida nueva que habrá de completar la dicha de mi existencia.

«¡Siento pena, Señor, de mis veinte y cinco años infecundos! No niegues, Señor, a mi plenitud, la prolongación de mi propia vida, el desdoblamiento de mi alma y de mi cuerpo. No me niegues, Señor, la luz de esos ojos que serán iguales a los míos, ni el terciopelo de esas manos que tendrán exactamente la forma de éstas que se elevan hasta Ti en el ruego más devoto. No me niegues, Señor, el placer de acariciar sus cabellos morenos, como los míos, ni el diseño de sus labios, que han de ser idénticos a estos que pronuncian ahora tu nombre tan fervorosamente.

«No niegues a este corazón mío el placer de dictar sus latidos a su corazón pequeño, y deja que de mis labios se desprenda la canción de cuna que tengo prisionera.

«Deja que germine mi maternidad en potencia, para que en

mis oídos resuenen las nuevas armonías de sus llantos y sus risas.

«Haz que mi vida modele otra diminuta vida, y déjame sentir el goce único de que me llamen ¡madre!

«El día en que escuche su palabra primera, será cada uno de mis poros un oído invisible, y todo mi cuerpo se convertirá en una gigantesca caja de resonancia.

«Cuando por vez primera sus labios me reclamen, me parecerá sentir en su voz el eco de la mía; entonces, mientras en la pincelada roja de sus labios florezca una sonrisa, habrá un nudo de emoción en mi garganta y un brillo impreciso en mis pupilas».

Si no temiera hacer demasiado extensa esta nota volandera, copiaría íntegro el poema «Los tres regalos», que cierra el libro. Pero algo hay que dejar a la emoción del lector.

Primer libro de una mujer joven y artista, no queramos ver en él la obra en definitiva sazón. Es suficiente que nos señale cualidades, que los defectos irán desapareciendo con el esfuerzo constante y la voluntad renovada.—C. P. S.



RESURRECCIÓN, por *Elías Castelnuovo*. Editorial Claridad. Buenos Aires.

En los momentos mismos en que la revista bonaerense, CLARIDAD consagraba un número al homenaje y defensa de este valiente y esclarecido intelectual, perseguido por las autoridades argentinas, entregaba él a las prensas de la Editorial del mismo nombre, esta obra medular, conmovedora y recia como todo lo que sale de su pluma. Su RESURRECCIÓN despunta a mil años y a distancias cósmicas de la otra, la del genial desequilibrado y místico de Yasnaia-Poliana. Estamos muy lejos del renunciamiento del «pre-ghandismo» contemplativo y de los bru-